

so número, temor alguno, aún cuando para todos eran un indicio, dado que Bouillé podía presentarse de improviso con su cuerpo de ejército, y ya veremos que en este cuerpo no fundaba en vano sus esperanzas la insurrección. No pudiendo, pues, obrar la corte, no había más remedio que firmar, y el rey firmó los decretos del 4 de Agosto, pero no la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano que tenía también para su sanción. La Asamblea conforme lo acordado cumplió, y el 21 de

Setiembre fijó la duración del veto suspensivo á dos legislaturas.

Esta escena que acabamos de narrar, verdaderamente indigna de la seriedad de los primeros órganos de una nación, es la mejor y más elocuente prueba que puede darse de como todas las catástrofes fueron preparadas por la corte. El rey reservando ahora su sanción respecto de la declaración de derechos, ponía de nuevo á la Asamblea y al país en guardia contra sus maquinaciones, y por



Banquete de los guardias de Corps

consiguiente, en un estado de guerra permanente en la que era necesario sitiar una y otra vez las plazas fuertes de la reacción para obtener el beneficio de las capitulaciones. El nuevo asedio principió en seguida.

Necker había visto fracasar uno tras otro dos empréstitos, gracias á la mala voluntad de la Asamblea, el uno el 7 de Agosto pretendiendo beneficiar los sucesos del 4, pero como la corte, si tenía prisa en sacar dinero—30 millones—no la tenía en reñender los decretos, el empréstito naufragó porque la Asamblea regateó los beneficios. El segundo empréstito, el de 27 de Agosto, que se ofreció á mejores condiciones y por 80 millones, naufragó también.

Ahora habiendo el rey firmado los decretos del 4 de Agosto, es decir, tres días después de arreglar el

conflicto, esto es, el 24 de Setiembre, Necker pide un impuesto ó contribución extraordinaria de un cuarto limpio sobre todas las imposiciones. La Asamblea votó, y en una alocución pidió á todo el mundo su plata, incluso á las iglesias, y aunque hubo entusiastas que se sacrificaron, como no daban ejemplo los que aconsejaban abnegación tan grande, también este recurso salió fallido. La falta de buena voluntad resultaba de la falta de sinceridad. Hemos llegado ya á Octubre y la declaración de los derechos no ha sido todavía sancionada por el rey, hé aquí la explicación de tantos fracasos, hé aquí el motivo de la grande irritación de París, y como era de esperar una catástrofe, que no dejaba de tener sus profetas, como resultado de tantas resistencias y de tantas contrariedades.

Bien sabemos que explicamos los sucesos de Oc-

tubre de una manera diferente de la hasta hoy empleada por los historiadores de la revolución, pero esto es así, porque nuestra experiencia es causa de que no demos á las declamaciones de los exaltados la importancia que les conceden los escritores que siempre han vivido alejados de las grandes luchas de la política. Siempre hemos creído que el discurso del demagogo, del revolucionario, del hombre de estado, es lo que el fulminante para el cañón. Si éste no está cargado todo queda reducido á un

petardo. Por esto nosotros nos ceñimos á explicar cómo se iba cargando la atmósfera política. Entre nuestro sistema y el de M. Taine en su *Revolución* se puede escoger. Nosotros estamos por los hechos, el crítico francés fiel al temperamento nacional está por las declamaciones.

Desde el 26 de Agosto, nótese bien, tenía el rey en su poder la declaración de los derechos del hombre y el día 1.º de Octubre aún no la había sancionado, ni se sabía cuando la sancionaría, mejor, lo



Marcha de las mujeres de París á Versailles

que se sabía era que no quería sancionarla. A cualquiera, menos al señor Taine, se le ocurrirá que la masa revolucionaria ó innovadora, que el pueblo lo mismo que la burguesía y las clases privilegiadas liberales, habían de estar por ese solo hecho en estado de insurrección, y que, llevados de la experiencia de la manera como se había obtenido la aprobación de los decretos del 4 de Agosto, se había de buscar y no hay duda que se buscaba, el medio para conseguir violentar la voluntad del rey, ya que era inútil pensar ni esperar que de buen grado sancionara dicha declaración. Así se estaba, cuando un hecho que no queremos exagerar, pero que forzosamente había de exagerarse en su tiempo, prendió fuego al cañón.

Los guardias de Corps quisieron obsequiar con un banquete á sus camaradas del regimiento de

Flandes que acababa de llegar á Versailles, y al efecto se dispuso este banquete en la sala-teatro del palacio real. Primera imprudencia. Los palcos los llenaron las damas de la corte. A los postres se permitió la entrada á los soldados. A la mitad de la fiesta el rey, acompañado de la reina que llevaba en sus brazos al pobre delfín se presentan en las tablas, dan la vuelta al rededor de las mesas y se retiran. La oficialidad exaltada, espada en mano asalta los palcos no sabemos á qué ni por qué. Esto es lo incontrovertible y lo confesado respecto de dicho banquete. A la imprudencia de dar la fiesta en el palacio real, se agregó la imprudencia de presentarse los reyes, éstos, pues hubieran de pasar por haber organizado una fiesta que era una amenaza. Si los reyes estuvieron prudentes, no hubo de estar la corte en sus palcos, y el entusiasmo de todos

hubo de dar lugar á escenas como las que se contaron de pisotear la escarapela tricolor y jurar fidelidad á la escarapela blanca. En suma, verdad ó mentira, todo lo que á propósito de aquel banquete se cuenta, fué una provocación. ¿Y á quién se provocaba? Pues nada menos que á los 30.000 hombres de Lafayette que eran los que llevaban la escarapela tricolor.

Cuando la noticia de lo ocurrido en Versalles se divulgó en París, se hicieron oír las trompetas del juicio final contra Versalles, y Desmoulins cuenta que Marat hizo más ruido. El solo que todas las trompetas juntas, la agitación fué, en efecto, terrible durante todo el día 4, porque como reconoce Sybel y calla Taine, que para nada toma en cuenta dicho banquete, « todos los temores á propósito de la contra revolución parecieron confirmarse, » así « la fermentación cundió por todo el pueblo y no podía contar con su vida el que se presentara con escarapela blanca, » luego es exacto lo que dicen los historiadores revolucionarios de que se desafiaba al sentimiento público haciendo alarde de realismo, y como á todo esto se unía la cuestión del pan, el cierre de los talleres nacionales ó de Montmartre organizados por la municipalidad, el motín, el desorden, la revolución callejera resultaba dispuesta y ya sólo necesitaba jefes que la condujeran, ¿á dónde?... á Versalles. A Versalles, para que los reyes vinieran y se instalaran en París, idea constante de Lafayette y de Bailly para acabar con los manejos orleanistas. Pues bien, en este mismo día 4 de Octubre; nótese bien, en Versalles la corte cometía su última falta.

Lafayette y Bailly, apoyándose en los veinticuatro mil burgueses de París habían contenido el pueblo y paralizado á los seis mil guardias nacionales (los asalariados) que alentaban el movimiento de empuje hacia Versalles, porque esos seis mil hombres eran los más amenazados. ¿Acaso en su mayoría no eran los guardias franceses que habían asaltado la Bastilla y se habían batido por las calles el 12 y 13 de Julio con los alemanes y los húngaros? ¿Pero, qué habían de poder Lafayette y Bailly y la guardia nacional, al llegar la noticia de que el rey no quería sancionar los derechos del hombre y del ciudadano? Que ni Lafayette pudo contener la población parisién, ni Bailly mantener cerradas las barreras, ni dejar de ser arrastrados á Versalles, en donde llegaron aunque tarde, muy oportunamente.

Sucedió, pues, que cuando la última discusión económica, Dupont se levantó para pedir á la Asamblea que no se diera prisa en acceder á lo que

reclamaba el ministro, ya que habiendo sido sólo la necesidad de dinero la que había motivado la reunión de los *Estados generales*, si esta desaparecía era posible que la Asamblea no pudiera terminar sus tareas. A esto añadió Broustaret, que era necesario recordar que los cuadernos prohibían que se votara impuesto alguno antes de haberse terminado la Constitución, y en fin, Toulageon, el amigo íntimo y confidente, esto es, el jefe de policía de Lafayette y cuyas palabras y consejos se tomaban como viniendo de su ilustre amigo, propuso y esto se votó, que se presentasen al rey la declaración de derechos y los artículos de la Constitución hasta aquel momento para que los sancionase y promulgase, previéndole que el impuesto que se reclamaba no se podrían principiar á cobrar sino á contar del día en que se hubiese hecho dicha promulgación. Es decir, que sólo mediante la presión y el terror era posible arrancarle al rey la sanción de la Constitución que discutía y votaba la Asamblea nacional. Pues bien, así se fueron pasando los días, ocurrió en el ínterin el banquete de los guardias de Corps, y cuando París hervía; esto es, el mismo 4 de Octubre, el rey se dirige á la Asamblea con un mensaje, haciendo muy tranquilamente la crítica de la obra constitucional. No podía, pues, caber duda de que el rey, ni aún apurado por falta de dinero, no estaba dispuesto á aprobar la Constitución que hacía la Asamblea, y desde luego se comprende que esta noticia, cuando se supo en París, hubo de decidir el movimiento insurreccional del día 5.

Y sucedió que cuando en Versalles se conocieron los sucesos de París del día 4, la corte se asustó ante el grito de ¡á Versalles! y procuró por todos los medios posibles detener el avance revolucionario, por lo que á la misma hora que en París se tocaba el día 5 generala para ir á Versalles, es decir, por la mañana de dicho día, en Versalles sancionaba el rey ocultamente lo que el día antes se había entretenido en criticar. Desgraciadamente para Luís XVI hizo esto tarde. Al llegar la noticia á París, los parisienses estaban ya en Versalles. Creemos, pues, haber demostrado que de las jornadas de Octubre, tan decisivas para la revolución, el responsable es el rey. Generalicemos la responsabilidad; el responsable es la corte. Tan exacto es esto, que cuando á las diez de la mañana llegó á Versalles Vauvilliers, vice-presidente del consejo comunal, para decirle cómo se organizaba la insurrección y la salida para Versalles, pues desde las siete de la mañana París estaba en movimiento, la corte discutió si había llegado la hora de resistir á todo trance, y que está

vez, sin el temor de la reina, Luís XVI que vacilaba en seguir tales consejos, que sobre todo le daba el ministro de la guerra, se hubiese decidido por la lucha, y no hay duda que ésta se decidió en principio, pues ¿se comprende que después de la relación de Vauvilliers y del consejo de ministros con los reyes, no se tomara resolución alguna, y se esperara tranquilamente que los parisienses entraran tumultuariamente en Versalles?

Lafayette y Bailly, no vemos reparo en confesarlo porque las circunstancias les abonan, no estuvieron tan enérgicos el día 5 como el día 4. ¿Pero se podía exigir de ellos otra cosa? No aludimos á si ellos debían sacrificar su popularidad para mantener el orden, sino si ellos no debían esperar de ese desorden mismo lo que las severas amenazas y actitud de la Asamblea no podían conseguir. Advértase que el mismo rey, que el 4 de Octubre critica amargamente los actos de la Asamblea, haciendo caso omiso de sus reservas, es el mismo rey que aterrorizado por la revuelta firma por la mañana del 5 lo que había criticado la víspera.

Salió el motín de París, y salió á las órdenes de dos desconocidos.

El día 5 las mujeres de París, exaltadas por la arenga de una desconocida muy bien puesta, se reunen en frente de las Casas Consistoriales y piden que se vaya á Versalles por *el panadero y la panadera*, que así tendrán pan abundante y barato. Pero al mismo tiempo, en el barrio de San Antonio se reunían los vencedores de la Bastilla que formaban un cuerpo de milicia á parte, y en el Palais-Royal lo hacían los habituales oyentes de Desmoulins, Loustalot, etc. Sólo la guardia nacional asalariada, obedecía las órdenes enérgicas que se le daban, y de esto dió harto ejemplo más tarde á Lafayette, pues habiéndose dado orden de despejar la plaza de la Greve, iba la guardia nacional á hacerse obedecer, cuando el general lanzándose al galope entre los contendientes pudo impedir el fuego. No será por desgracia esta la última vez que citemos rasgos de arrojo iguales por parte de Lafayette. Claro está que los que bullían y se agitaban, comprendieron muy pronto que las autoridades públicas vacilaban, y cuando esto se trasluce, los motines se hacen irresistibles, porque nada más contagioso que el temor. Pero las autoridades no vacilan jamás cuando son fuertes, y no son fuertes sino cuando obran de toda conformidad con el gobierno. ¿Qué entusiasmo, qué decisión podía demostrar Lafayette cuando veía la singular respuesta que la corte daba á las reservas de sus amigos Dupont y Toulageon? Sin embargo,

cuando Lafayette, jefe de la fuerza pública, vió á la asonada partir para Versalles, pidió la orden para salir á su alcance y detenerla en su camino, y no fué suya la culpa si se le dió tan tarde que no pudo llegar hasta media noche y en medio de un temporal á la corte.

Las mujeres llegaron á Versalles á las tres de la tarde. A su frente hemos dicho marchaban dos desconocidos, una mujer y un hombre, de la mujer ya hemos hablado, el hombre era un alguacil llamado Maillard un vencedor de la Bastilla que se colgó el tambor y se puso al frente de las hambrientas mujeres tocando la carga. Las mujeres eran seis ó siete mil, y salieron de París armadas y escoltadas por doscientos ó trescientos hombres igualmente armados pero todos sin orden ni concierto. Además se llevaron dos cañones de las Casas Consistoriales y no es posible asegurar si para ellos llevaban más municiones que su desesperación. En fin, tan poco temible era esa manifestación en sí, que Maillard convenció fácilmente á las mujeres, que no era conveniente que se presentasen armadas á la Asamblea nacional, y en efecto, la mayor parte de ellas abandonaron las picas, los sables y los bastones con que se habían armado, Maillard, como ya veremos, era un hombre de orden revolucionario.

Entraron las mujeres en Versalles á los gritos de ¡Viva Enrique IV y viva el rey! siendo acogidas con los gritos de ¡viva las parisienses! Una diputación de ellas presidida por Maillard fué recibida por la Asamblea y Mounier que á la sazón le presidía, tuvo que sufrir su frío y áspero discurso en el que reseñaba con negros colores la triste situación de París abrumado por la falta de subsistencias.

La Asamblea, en la que poco antes habían resonado los acentos indignados de Robespierre y de Petión, el primero reprendiendo al rey por su resistencia en autorizar las decisiones de la Asamblea, y el segundo por denunciar la conspiración de los aristócratas, y no es posible pasar en silencio que, habiéndole pedido un diputado noble que firmara su delación, Mirabeau se levantó para declarar « que si á ello se le obligaba, él pondría su firma al lado de la de Petión, á condición de que se declarase, que fuera de la persona inviolable del rey, todos los demás eran responsables, quien quiera que fuese, con lo que claramente se designaba á la pobre reina al furor popular, en esa Asamblea, el discurso firme y severo de Maillard resonó como un eco de una nación vengadora de todos sus agravios, produciendo el espantoso efecto que acredita la escapatoria de Mounier, pues este insigne patriota, apenas vió